

Ni se cura el cenobita
Su ocupacion de acechar.
Seméjase el capuchino
A un ilustre prisionero,
Y semeja el caballero
El vencedor capitan;
Mas el uno en su ventana
En imperturbable vela,
Y el otro en su centinela
Indiferentes están.

En esto del fin del Campo,
Que ambos á espalda tenían,
Uno tras otro venían
Dos hidalgos á la vez.
La del primero era fuga,
La del otro seguimiento,
Y víase bien su intento
En su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante
Y la faz desencajada,
En la derecha la espada,
Ya cerca el perseguidor,
Ambos á par se empeñaban
En su fuga y su denuedo;
El de delante era miedo,
El de atras era furor.

¡Detenerlos! gritó el monge,
Tornó el caballero el gesto,
Y un punto en el mismo puesto
Viéronse iguales los tres.
Mas antes que el mas cercano
Acudiera al homicida,
El otro cayó sin vida
Bañado en sangre á sus piés.

Seguir al vivo era en vano,
Como una sombra fugóse,
Al desplomado tornóse,
Mas era inútil tambien.
Y antes que reconociese
De la herida la malicia,
Llegó á punto la justicia
Gritándoles que se den.

Prestó atencion esquisita
Desde lo alto el capuchino.
"Este es, éste, el asesino!"
A la ronda oyó decir:
Requirió el preso su espada
Para dar final respuesta;
Pero otra mano mas presta
Vino su intento á impedir.

"Déjese sin fuerza, hidalgo,
Y hácia la cárcel se apronte.
¿Quién es?"

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos.
Cerró el monge la ventana
La prision injusta viendo,
Con voz cóncava diciendo:
"¡Si no hay justicia, no hay Dios!"

III.

Tras una mesa cubierta
Con un terciopelo verde,
En tres sillones de brazos
Están sentados tres jueces.
En mas ínfimo lugar,
Y de ellos frente por frente,
Espera en silencio un hombre
Sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,
Alta y tranquila la frente,
El rostro descolorido,
Y ambos piés en un grillete.
Mas nada hay en su persona
Que á imparciales ojos muestre
Que tan orgulloso porte
Acompañe á un delincuente.

Que es noble se ve en su nombre,
Que es criminal en las leyes,
Que no es traidor en su rostro,
Y en su talle que es valiente.

Mas que importa su custodia
Se ve bien en los mosquetes,
Que esparcidos por la sala
Las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices
Se alcanzan confusamente
Las cabezas apiñadas
De la multitud que atiende;

Y en el inquieto murmullo
Que discurre entre la gente,
Se ve que todos escuchan,
Pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,
Concebirse apenas pueden
De preguntas y respuestas
Las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo
Responde; los escribientes
Escriben; los guardias guardan,
Y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ.

¿Quién sois?

EL REO.

Un hombre.

EL JUEZ.

¿Su nombre!

EL REO.

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ.

Levantaos.

DON TELLO.

Bien estoy.

EL JUEZ.

Ved que soy el juez.

DON TELLO.

Yo el hombre.

EL JUEZ.

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO.

Que me desaten decid,
O en preguntar proseguid,
Que así os he de responder.

EL JUEZ.

¿Matásteis á un hombre . . . ?

DON TELLO.

No.

EL JUEZ.

Con el muerto os sorprendieron,
Y os acusan.

DON TELLO.

Pues mintieron.

EL JUEZ.

Fué la justicia.

DON TELLO.

Mintió.

EL JUEZ.

¿Esta espada de quién es?

DON TELLO.

Si en esta mano estuviera,
Mejor ella lo dijera.

EL JUEZ.

¿No os la hallaron?

DON TELLO.

Sí, á los piés.

EL JUEZ.

¿Bañada en sangre!

DON TELLO.

Es así.

EL JUEZ.

Y un hombre teníais muerto
Junto á vos.

DON TELLO.

Tambien es cierto.

EL JUEZ.

Luego fuísteis . . .

DON TELLO.

Yo no fuí.

EL JUEZ.

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO.

Un hombre que le seguía.

EL JUEZ.

¿Cuyo nombre?

DON TELLO.

El lo sabría,

Y si no se huyera, yo.

EL JUEZ.

¿Luego huyó?

DON TELLO.

Dije que sí.

EL JUEZ.

¿Le conoceráis á verle?

DON TELLO.

Mal pudiera conocerle
Si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ.

¿Bien lo fingís!

DON TELLO.

Bien lo cuento,

Que esto solo aconteció.

EL JUEZ.

¿Confesais el crimen?

DON TELLO.

No.

EL JUEZ.

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO.

Vedlo bien.

EL JUEZ.

Lo ví.

DON TELLO.

Pues voy.

Pero mirad que inocente . . .

EL JUEZ.

Vos nombraréis delincuente . . .

DON TELLO.

Puede ser, pues hombre soy.

Mas si el dolor da por mí

Alguna declaracion,

Anulo mi confesion,

Y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,

Y en sus sillones los jueces

Callaron mientras susurra

En son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,

Que en el fondo el salon tiene,

Una alfombra de cabezas

Que bullen eternamente;

Un monton desordenado

De ojos de hombres y mugeres

Que giran en muchos gestos,

Ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,

Que en los tupidos dobleces

De un velo en que acaba un manto

La faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta

Cuchicheando sordamente,

Esperando alguna cosa

De otra cosa que sucede;

Ya de parte de don Tello,
Ya de parte de los jueces,
Y ya bien como en comedia
Aguardando lo siguiente,
Disputa del mismo modo
A escuchar lo que dijeren,
A partir cuando se acabe,
Y á esperar mientras la dejen.

Forma un susurro monótono
Que por el aire se estiende,
Y un acento sin palabras
En la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,
El escribano se duerme
Con la barba sobre el puño,
Y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro á rostro
Plática entablada tienen,
Que amantes serán amantes
Donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia
Con aquel silencio pierden,
Y hacen los viejos á solas
Comentarios de las leyes

En favor de la justicia
Que andaba allá en sus niñeces,
Pues siempre se da por bueno
Lo malo cuando se pierde.

Así en paciencia ó enojo
Mantuvieronse igualmente
En son confuso de muchos
Jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;
Impusieron los corchetes
Silencio, y todos los ojos
Tornáronse de repente.

Retratada en el semblante
La agonía de la muerte,
Salió el primero don Tello,
Que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salon
Vagos murmullos al verle,
Que mas que á satisfacciones
A amenazas se parecen.

Mas á una señal airada
De los irritados jueces,
Y á la vista de vecinas
Alabardas y mosquetes,

Reinó el silencio en la sala
Capitulando la plebe,
Que cuanto mas atrevida
Es tanto menos valiente.

EL JUEZ.

[¿Confesó?]

UNO.

[Confeso está.]

EL JUEZ.

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO.

El asesino soy yo,
Si no estais cansados ya.

EL JUEZ.

Hablad mas claro.

DON TELLO.

El tormento

Dejó menos fuerza en mí;
A todo digo que sí,
Pero en cuanto digo miento.

EL JUEZ.

¿Le matásteis?

DON TELLO.

Le maté.

EL JUEZ.

¿Por acaso, ó por razon?

DON TELLO.

Por intento y á traicion.

EL JUEZ.

¿La razon?

DON TELLO.

Yo me la sé.

EL JUEZ.

Decidla si la teneis.

DON TELLO.

¿No basta que le matara?

EL JUEZ.

Sí por cierto que bastara.

DON TELLO.

Ruégoos, pues, que despacheis.

EL JUEZ.

Sobre este libro jurad
Que por traicion le habeis muerto.

DON TELLO.

Dadme el libro, todo es cierto;
Jurado está, y despachad.

Entró en esto atropellando
Por los guardias y la gente,
Sin que curiosos ni guardias
Bastasen á detenerle,

Un capuchino severo,
De luenga barba, ancha frente,
Claros ojos, talle erguido,
Grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
Alto respeto merece,
Porque todos en silencio
Aparentan conocerle.

Díjole el juez. "Perdonadnos,
Porque en vela de las leyes
Somos por nuestro destino
Hombres afuera, aquí jueces."

Y con acento mas firme
Al capuchino volviéndose,
En ademan imperioso
Díjole: "Padre, ¿qué quiere?"

EL MONGE.

¡Ved que el miedo le condena!

EL JUEZ.

Padre, en la ley está escrito.
Quedó el monge meditando
Del reo la confesion,
Inmóvil en el salon,
De lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
Y del estrado al bajar
En voz alta á preguntar
Volvióle el monge otra vez:
"¿Con que muere?"

—Vedlo vos,"

Contestó el juez: y aun dudando
Fuese el monge murmurando:
"Si no hay justicia, no hay Dios!"

El sol en trémulas hebras
Tornasolando los aires,
Tranquilo, radiante y puro
En colores se deshace.

Do quier el pueblo se agolpa,
Do quier los balcones abren,
En faz de ver ó esperar
Lo que pasa ó lo que pase.

Do quier bellas en las rejas,
Do quier hidalgos galanes,
Do quier desenvueltas mozas,
Clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,
Tropezar y atropellarse,
Todos van hácia la plaza,
Ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican
Cual si una historia contasen,
Que preguntándola todos,
Todos á la par la saben.

Comprenderse apenas pueden
En razones desiguales,
La razon de lo que á todos
Tan afanosos los trae.

Oyense en palabras sueltas,
Entre otras mil estas frases:
"Es justicia.—Son las doce.

—¿Quien tal hace, que tal pague!
—Del rey aguardan indulto,
—Ya daban vuelta á la cárcel.
—Hace ocho dias.—Es noble.

—¡Sálvele Dios!—¡Pobre fraile!
Y á veres allá á lo lejos
En lastimosos compases,
Otra voz reza ó pregona

Con acento suplicante.
Hierva en la plaza la gente,
Puertas cierran, rejas abren,
Y á un tiempo todos los ojos

Se vuelven hácia una calle.
Por ella en órden siniestro,
Muchos soldados delante,

El religioso sereno
En faz y gesto imponente
Contestó: "Apoyo del justo,
Que la justicia no yerre."

EL JUEZ.

Si erró la justicia acaso
Nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

EL MONGE.

En este mozo,
Que ya con ánimo escaso
Habló á impulsos del dolor,
Y en cuanto dijo ha mentido.

D. TELLO.

Padre, tarde habeis venido
Y que os volvais es mejor.

EL MONGE.

Escuchadme.

EL JUEZ.

Ya es en vano.

EL MONGE.

Oidme.

EL JUEZ.

Dije que no.
Como reo confesó,
Y juró como cristiano.

EL MONGE.

Ved que ha de saberlo el rey,
Y que en ello soy testigo.

EL JUEZ.

Yo no soy quien le castigo,
Que escrita me dan la ley.

EL MONGE.

Mirad que él no le mató,
Que desde un balcon lo ví;
No es el reo.

EL JUEZ.

Será así.

EL MONGE.

¿Condenáisle?

EL JUEZ.

Confesó.

EL MONGE.

Ha mentido.

EL JUEZ.

No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

D. TELLO.

¿Quereis matarme? Acabad:
Juro que á un hombre maté.

EL JUEZ.

Pues vais que otorga el delito
Dejadle sufrir la pena.

De dos en dos muchos hombres
A otro hombre á la plaza traen.
Atadas tiene las manos,
Descolorido el semblante,
Descubierta la cabeza,
Desaliñado en el traje,
Sin valona y sin espada,
Capotillo, ni acicates,
Sobre una enlutada mula,
Y acompañado de un fraile.
Van detras algunos monges
De varias comunidades,
Con cirios que al sol del dia
Aunque no le alumbran arden.
Los ministros de justicia,
El reo y el pueblo parten,
Y el pregonero decia
En lúgubre son delante:
"Esta es la final sentencia
"Que hoy debe ejecutarse
"En D. Tello Arcos y Aponte
"Por mano de Luis Hernandez,
"Ejecutor por el rey . . ."
Y al trasponer una calle
Perdióse con el bullicio
La sentencia con la frase.
Abrióse la muchedumbre,
Y entraron con paso grave
Dentro de la plaza juntos
Los que vienen y el que traen.
Llegados á una escalera
Con que unos maderos hacen
Ancha subida á un cadalso,
Dijo una voz: Que le bajen.
Bajó el reo, y en la escala
El religioso sentándose,
Díjole con voz inquieta
Que de hinojos se postrase.
Así fué, y ambos quedaron
En posicion semejante,
Sin que sus ténuas palabras
Alcanzara osado nadie.
Mas sobre el hombro del reo
Algun ojo penetrante,
A saberlo, ver pudiera
El ojo atento del fraile.
Y en su inquietud confiada,
Mas bien que reconciliarle,
Viase que era dar tiempo
A que tiempo se ganase.
Avisóle la justicia;
Se alzó el reo, calló el padre;
Llegaron hasta el cadalso,
Y tornaron á postrarse.
Tornó á avisar la justicia
Y á la confesion el fraile,
Y mas de las doce y media
Señalaba ya el cuadrante.
"Don Tello (decia el monge),
Dad tiempo á que el tiempo pase,
Que fuera mengua en el rey
Que su perdon os negare.
—"Pluguiera, buen monge, al cielo

Que así tan ciego, no errárais!
—Siendo testigo . . .
—¿Qué importa?
—Fuera otro crimen.
—¿Quién sabe!
—Yo se qué sois inocente
Puesto que no le matásteis.
—Secretos del cielo son
Como el cielo impenetrables.
—Imposible
—Padre, pronto.
—¿Que tanto el indulto tarde!
—Padre, es vano!
—Oh, que no hay cielo
Cuando acudiros no sabe!"
Y el capuchino azorado,
Las miradas suplicantes
Desesperado tendia,
Sin aliento, á todas partes
Por vez postrera volvieron
Con mas empeño á avisarle,
El reo dijo: "Es inútil,
¡Padre, que muera dejadme!
—No, Don Tello, por mi vida."
Y volviéndose anhelante
El monje á la multitud,
Así rompió á voces grandes:
"¡Está inocente!" En tumulto
Impidió que terminase
La turba, que por oírle
Gritaba á su vez: "¡Dejarle!"
"¡Está inocente!" decia
El monge, y en voz pujante
Decia el pueblo en tumulto
Sofocándole: "¡Dejarle!"
Gritaba el pueblo; y el monge
Gritaba, y palabras tales
Se le oían: "¡Dios . . . testigo . . .
Indulto . . . el rey." —"Todo en balde!
Unos decían: "Oírle . . ."
Otros decían: "¡Salvarle . . .!"
Pero cuando todos hablan
Es cuando no escucha nadie.
Arrodillado D. Tello,
Y el ejecutor delante,
Hizo la justicia seña,
Y el verdugo hizo su parte.
Calló el pueblo, calló el monge;
Y al ver la cabeza en sangre
Bañada, desesperado
Se perdió en la turba el fraile.
Y allá en el fin de la plaza
Volviendo el rostro un instante,
"¡Si no hay justicia, no hay Dios!"
Dijo, y traspuso la calle.

IV.

CONCLUSION.

Coronadas de juncos y espadañas
Hay en un soto cristalina fuente,
Donde al abrigo de sonantes cañas
En arroyo se cambia mansamente,

Espérala el Pisuerga y de sus olas
La abre amoroso el trasparente seno,
Con silvestres espigas y amapolas
De su márgen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata
La fresca y sonora fuentecilla,
Mezcla constante su raudal de plata
Con la del padre rio, agua amarilla.

Y allá á lo lejos por la angosta calle
Que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
Velada entre las pálidas neblinas.

Y la vieja Simancas mas ufana
Alza á su espalda la torreada frente,
Que pintan á la par en la onda vana
Los tres rios que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
Su enmarañado pabellon de pinos,
Por donde abren en grietas desiguales
Sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
De su rauda y magnífica carrera,
El moribundo sol hunde en ocaso
Su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruseñor su despedida
Desde el olmo sombrío que le oculta,
Alegre adios á la gloriosa vida
Del astro rey que en sombra se sepulta.

Despidente las aguas y las hojas,
Y las sutiles auras que adornan,
Y las coronas de los pinos, rojas
A su luz, despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
En la fresca pradera y soto umbrío,
Todo aspiraba el esplendente fuego
En derredor de fuente, soto y rio.

La luz tendiendo de los ojos vagos
Sobre el rápido arroyo campesino,
Del llanto preso resistiendo amagos
Velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
Revolviéndose audaz dentro del pecho,
Hondo tormento daba al alma ruda
Sitio en el corazon hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente
La ensangrentada imágen de Don Tello,
A quién de un crimen defendió inocente,
Y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma á quien vicia
Do lo humano la miseria,
Así la ruda materia
Luchaba con su impericia.
"No hay Dios donde no hay justicia,
Porque á ser de otra manera,
O Tello no pereciera
Con tan clara sinrazon,
U oyera el rey mi razon,
O el matador pareciera.

Que Tello al cabo murió,
Ojalá no fuera cierto;
Que no es reo en lo del muerto
Por mis ojos lo ví yo.
Si la ley le condenó
Con ignorancia y malicia,
Manifiesta la injusticia
En entrambos casos fué,
Que si Dios existe, á fé
No está Dios do no hay justicia.

Porque hacer el bien y el mal
Y negar al mal el bien,
Arguyera error tambien
En la justicia eternal.
Que amparar al criminal
E ir del inocente en pos,
Contra el gusto de los dos
Fuera en Dios ley bien tirana;
Luego en consecuencia llana
Do no hay justicia no hay Dios.

Y puesto que si es, no es justo
Siendo así Dios no cabal,
En obrar el bien ó el mal
Cuerto es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto,
No quiero por mi impericia
Tener un Dios de injusticia
De sus hechuras ajeno;
Que en este mundo terreno
No está Dios, pues no hay justicia.

Y si niegas, Dios, aquí
Tu justicia, aquí no estás,
Y donde no estás de hoy mas
Quiero vivir para mí;
Que si hijo tuyo naí
Es bueno y justo á los dos
Que el hijo te vaya en pos,
Y que tú acudas al hijo,
O mintió quien tal nos dijo
Pues sin justicia no hay Dios."

Así pensaba el monge vacilando
Sin razon ni creencia que le acuda,
Cuanto mas convencido mas dudando
Por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento y sin destino,
Sin fé en el mismo Dios que á par confiesa,

Sentóse á las orillas del camino
Como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil busca en la tierra
Lo que la tierra misma no merece,
Y el ciego pensamiento se le cierra,
Y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos
De negras dudas entre turbias nieblas,
Nave presa de ciegos elementos
Hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así al dulce rumor del agua mansa
Són de las hojas, trino de las aves,
Su fatigado corazón descansa
A los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos
La moribunda luz goza un momento,
Y la imagen de Tello le dá enojos,
Y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congojosa
Razones sueña y vanidad delira,
La claridad fingiendo misteriosa
De lo que huye mas cuanto mas mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento
Que el pecho en sueño atosigado lanza,
Revuelto mar que el torvo movimiento
Del gran volcan del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
Ganó el espacio la callada sombra,
La flor cerró su perfumado broche,
Veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos tras el negro monte
A tardos pasos asomó la luna,
Tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
Rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el rio,
Murmuraba la fuente que corría,
Y de ella al pié con ademán sombrío
El capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
Resbalando entre la yerba,
En son acorde lamiendo
La parda y menuda arena:

Y á la fugitiva lumbre
Que en sus ondas reverbera,
La luna en su espejo errante
La pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
El ronco y turbio Pisuerga,
Bañando en corvos cristales
Entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo
De aguas, hojas, aura y presas,
En insomnio inquieto el monge
Tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados
Como quien duerme y le pesa,
La luz se pinta en sus ojos
Entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
Y el aura que bulle apenas,
Y en vago adormecimiento
Oye, ve, respira y piensa.

A través de la agua mansa,
Que el límpido arroyo lleva
Algun objeto confuso
La luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso
Otra vez los ojos cierra,
Y anda el torpe pensamiento
En lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
Y allá en el agua serena
Entre las sombras del sueño
Un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado
Entre sí duerme ó si vela,
Contemplando aquel semblante
De igual color que la tierra.

Fantasma, ilusion ó ensueño
Que minucioso semeja
Al muerto Don Tello Aponte
Que finó la tarde mesma.

Tornó á duda mal despierto
Y mal dormido en su vela,
Al ver detenida el agua
Y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
Al nivel de las arenas,
Todo el cadáver de un hombre,
Asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
El monge; mas teme y tiembla,
Cuando el cuerpo de Don Tello
Le dice así en voz severa:

“¿Conocéisme, padre?
—Sí.

—A que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
Lo que hay debajo de mí.”

Miró el monge, y con asombro
Halló la faz malicenta
De otro á quien Tello cubría
Pié á pié, y cabeza á cabeza.

Temblaba el monge aterrado
De rodillas en la yerba,
Y Don Tello en voz solemne
Díjole de esta manera:

“En duelo injusto los dos
A traicion le asesiné;
No preguntéis el porqué
De la justicia de Dios.”

A BLANCA.

Despierta, Blanca mia,
Que ya brillante y clara
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble stirpe
Los títulos y hazañas
Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas,
Costumbres y opulencias
De tierras mas lejanas.

Ni en versos lastimeros
Al ronco son del arpa,
Lamentará fanático
Desastres de su patria.

No, lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo nada.

Despierta, y ven al bosque,
Donde te espero, Blanca,
Por verte mas hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
Con que la yerba blanda

Convida, al son acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas
Al compasado impulso
De las sonantes cañas.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contente,
Seguridad y calma.
¡Oh! ven, paloma mia,
A la floresta baja.

¡Oh! cuán hermosa viene!
¡Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte
Me enagena y embriaga.

Y lejos de nosotros
Los mundanos fantasmas,
La gloria y el renombre,
La grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mia,
Ridículas palabras;
La gloria y la grandeza
Son ilusiones vanas.

¿Te ries, vida mia?
¿Recuerdas aun las lágrimas
Que un día por las gloria
Vertí sin esperanzas?

¡Oh! Blanca! era otro tiempo;
Ya mas segura el alma,
No soy mas que un poeta
Que ocio y placeres canta.

¿Aun ries . . . ? ¿Cómo brillan
Tus pupilas . . . ! me abrasa
No sé qué fuego en ellas . . .
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
Todo en la tierra pasa,
Dame un beso, y si quieres
Rompe mi lira, Blanca.

CANCION.

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste son.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mi horas, van mis dias
Mi esperanza carcomiendo,
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazon.
Cuando espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Solo escucha el viento vano
Mi cantar y mi afliccion.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oido, vida mia,
Mi cancion llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prision.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien agena,

Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste son.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces despertando,
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusion!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo:
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños son.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Rie y canta, y goza y vive,
Mientras sueño y canto y lloro
Los hechizos que en tí adoro,
Vida y sol del corazon.
Aquí en tanto, hermosa mia,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos
Y al dolor de su pasion,

Triste canta al prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco son.

Abrele, viento, camino á la voz.

QUINTA PARTE.

EL CREPUSCULO DE LA TARDE.

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza,
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra region luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte estenso
Trémulo brilla con púrpura lumbre;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino:
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se vá; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones
Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del dia,
Si atropellan la luz porque se acabe,
Si son cifras de paz ó de agonía,
Desde el sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan,
Murmura el árbol y las aves cantan;
¿Y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por oriente á miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbre con afan se apila,
Desmayado pintó su último rayo.

Adios, fúlgido sol, gloria del dia,
Duerme en tu rico pabellon de grana;
Ora nos dejas en la noche umbria,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, ¡oh sol! que yo te espero;
Yo sé que volverás de esas regiones
Do allende el mar como á inmortal viajero
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
Que al hundirte en la playa mas lejana,
Les dejas en tinieblas porque alaben
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás ¡luz de los cielos!
Y ese volcan con que tu ocaso llenas,
El alba al desgarrar los ténues velos
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa
Otra feliz desconocida gente,
Que ora tal vez pacífica reposa
A la luz de la luna trasparente.

Vé en paz ¡oh rojo sol! si allí te esperan,
Que allí tras otros mares y otros montes
Derramados tus rayos reverberan
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,
Donde una gente dócil y atezada
Alza en medio de bosques y palmeras
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncadas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.